

PRECIOS

	PTS.
Suscripción trimestral	
España	1'50
Extranjero y Ultramar	3
Número corriente	0'10
Idem atrasado	0'20

Anuncios y comunicaciones á precios convencionales.

Pago anticipado

EL APOSTOLADO MANCHEGO

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

Se adelanta este número por la festividad de mañana.

PERIÓDICO CATÓLICO

INTENCION GENERAL

PARA EL MES DE AGOSTO DE 1894

(Benedicida por el Papa)

LA ÚNICA SOLUCION

DE LAS CUESTIONES SOCIALES

(CONCLUSION)

«Animosos y con derecho claramente nuestro, entramos á tratar de esta materia, porque cuestion es esta á la cual no se hallará solución ninguna, si no se acude á la Religión y á la Iglesia. Y como la guarda de la potestad de la Iglesia á Nos principalmente incumbe, con razón, si calláramos, se juzgaría que faltábamos á nuestro deber.—Verdad es que cuestion tan grave demanda la cooperación y esfuerzos de otros, es á saber: de los príncipes y cabezas de los Estados, de los ricos y de los pobres, y hasta de los mismos proletarios de cuya suerte se trata; pero sin duda alguna, afirmamos, que serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres, si desatienden á la Iglesia. Porque la Iglesia es la que del Evangelio saca doctrinas tales, que bastan, ó, á dirigir completamente esta contienda, ó, por lo ménos, á quitarle toda aspereza y hacerla así más suave; ella es la que trabaja, no sólo en instruir el entendimiento, si no en regir con sus preceptos la vida y las costumbres de todos y cada uno de los hombres; ella, la que con muchas utilísimas instituciones promueve el mejoramiento de la situación de los proletarios; ella, la que quiere y pide que se unan los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible, á las necesidades de los obreros; y para conseguirlo, creo que se deben emplear, aunque con peso y medida, las leyes mismas y la autoridad del Estado.»

Y más abajo, volviendo sobre esas últimas palabras, objeto de varias divergencias de pareceres entre sociólogos católicos pone estas notabilísimas sentencias:

«Como el poder de mandar proviene de Dios, y es una comunicación de la divina soberanía, debe ejercerse á imitación del mismo poder de Dios, el cual, con solicitud de padre, no menos atiendo á las cosas individuales que á las universales. Si, pues, se hubiera hecho ó amenazara hacerse algún daño al bien de la comunidad ó al de alguna de las clases sociales, y si tal daño no pudiera de otro modo remediarse ó evitarse, menester es que se salga al encuentro la pública autoridad.»

Pero—añadiremos por nuestra propia cuenta—esta pública autoridad no saldrá al encuentro del daño, si no lo conceptua tal, si en vez de tenerlo por un mal lo tiene por un bien, si no la espolea el sentimiento del deber cristiano, y no ejercerá su poder á imitación del mismo poder de Dios si no se inspira en las máximas de la Eterna Verdad y bebe en el Corazón divino los raudales de alegría que necesita para cumplir sin desfallecer todas sus obligaciones.

Sienta ante todo Su Santidad como base, lo que echan en olvido ó re-

chazan los que niegan el origen de las desdichas humanas ó aspiran en la tierra á un perfeccionamiento y á una felicidad que solamente lograrán en el cielo los que perseveraren hasta el fin en fé y amor á Jesucristo.

«Sea, pues—dice—el primer principio y como la base de todo, que no hay más remedio que acomodarse á la condición humana; que en la sociedad civil no pueden todos ser iguales, los altos y los bajos. Atáñanse, es verdad, por ello los socialistas; pero es en vano y contra la naturaleza misma de las cosas ese afán. Porque ha puesto en los hombres la naturaleza misma grandísimas y muchísimas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el genio, ni la salud, ni las fuerzas; y á la necesaria desigualdad de estas cosas, síguese espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente á la utilidad, así de los particulares como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que á ejercitar estos oficios diversos principalísimamente mueve á los hombres, es la diversidad de fortuna de cada uno. Y por lo que al trabajo corporal toca, ni aun en el estado de la inocencia había de estar el hombre completamente ocioso; mas lo que para esparcimiento del ánimo habría entonces libremente buscado la voluntad, eso mismo después por necesidad, y no sin fatiga, tuvo que hacer en expiación de su pecado. Maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida (I). Y del mismo modo no han de tener fin en este mundo las otras penalidades, porque los males que al pecado siguieron son ásperos de sufrir, duros y difíciles, y de necesidad han de acompañar al hombre hasta lo último de su vida. Así que sufrir y padecer es la suerte del hombre, y por más experiencias y tentativas que el hombre haga, con ninguna fuerza, con ninguna industria podrá arrancar enteramente de la vida humana estas incomodidades. Los que dicen que lo pueden hacer, los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor y regalada con holganza ó incesantes placeres, lo inducen á error, lo engañan con fraudes de que brotarán algún día males mayores que los presentes.»

V

No vacila Su Santidad en lanzarse en medio de los contendientes y procura ponerlos en paz inculcándoles sus respectivos deberes, deberes que, volvemos á repetirlo una y mil veces, no se cumplirán como Dios lo desea jamás, con las solas fuerzas de la naturaleza humana; deberes que reclaman para su perfecto desempeño la intervención divina como de un modo especial la ha establecido en su Iglesia con su magisterio, su legislación, sus sacramentos, sus carismas y sus gracias.

Continuemos pendientes de las enseñanzas Pontificias:

«Hay en las cuestiones que tratamos un mal capital, y es el figurarse y pensar que son unas clases de la sociedad por su naturaleza enemigas de otras, como si á los ricos y á los

(1) Gen. III, 17

proletarios los hubiera hecho la naturaleza para estar peleando los unos contra los otros en perpétua guerra. Lo cual es tan opuesto á la razón y á la verdad, que, por el contrario, es ciertísimo que, así como en el cuerpo se unen miembros entre sí diversos, y de su unión resulta esa disposición de todo el ser, que bien podríamos llamar simetría, así en la sociedad civil ha ordenado la naturaleza que aquellas dos clases se junten concordantes entre sí, y adapten la una á la otra de modo que se equilibren. Necesita la una de la otra enteramente; porque sin trabajo no puede haber capital, ni sin capital trabajo. La concordia engendra en las cosas hermosura y orden; y al contrario, de una perpétua lucha no puede ménos de resultar la confusión junta con una salvaje ferocidad. Ahora bien: para acabar con esa lucha y hasta para cortar las raíces mismas de ella, tiene la Religión cristiana una fuerza admirable y múltiple. Y en primer lugar, el conjunto de las enseñanzas de la Religión, de que es intérprete y depositaria la Iglesia, puede mucho para componer entre sí y unir á los ricos y á los proletarios, porque á ambos enseña sus mutuos deberes, y en especial los que dinamizan de la justicia. De estos deberes, los que tocan al proletario y obrero son: poner de su parte íntegra y fielmente el trabajo que libre y voluntariamente se ha contratado; no perjudicar en manera alguna al capital. ni hacer violencia personal á sus jefes; al defender sus propios derechos abstenerse de la fuerza, y nunca armar sediciones ni hacer juntas con hombres malos que mañosamente los ponen delante desmedidas esperanzas y grandísimas promesas, á que se sigue casi siempre un arrepentimiento inútil y la ruina de sus fortunas. A los ricos y á los amos toca que no deben tener á los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y nobleza que á esa persona añade lo que se llama carácter cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso ó inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo que dan de sí sus músculos y sus fuerzas. Ordénase asimismo que en los proletarios se tenga cuenta con la Religión y con el bien de sus almas. Y por esto, deber es de sus jefes, hacer que á sus tiempos se dedique el obrero á la piedad; no exponerlo á los atractivos de la corrupción ni á los peligros de pecar, ni en manera alguna estorbarle el que atienda á su familia y el cuidado de ahorrar. Asimismo no imponerle mas trabajo del que sus fuerzas pueden soportar, ni tal clase de trabajo que no lo sufran su sexo y su edad.»

Y más adelante: «Las cuales dos clases—de pobres y ricos, de obreros y patronos—si los preceptos de Cristo obedecieren, no sólo en amistad, sino en amor verdaderamente de hermanos se unirán. Porque sentirán y entenderán que todos los hombres sin distinción alguna han sido criados por Dios, Padre común de todos, que todos tienden al mismo bien, como

fin, que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta á los hombres y á los ángeles; que todos y cada uno han sido por favor de Jesucristo igualmente redimidos y levantados á la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que, no solo en Dios si, sino aun con Cristo Señor Nuestro, primogénito entre muchos hermanos, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y asimismo que los bienes de naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna á todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. Si hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos con Cristo....»

«No es verdad que en brevísimo tiempo parece que se acabaría toda contienda, don de en la sociedad civil prevaleciese esta doctrina?»

«Finalmente, no se contenta la Iglesia con mostrar los medios con que este mal se ha de curar; ella con sus propias manos, aplica las medicinas. Porque todo su afán es educar y formar los hombres conforme á sus enseñanzas y doctrina; y con el auxilio de los Obispos y del clero, procura extender cuanto más pueda los saludabilísimos raudales de su doctrina. Esfuérase, además en penetrar lo íntimo del alma y doblegar las voluntades para que se dejen regir y gobernar en conformidad con los divinos preceptos. Y en esta parte, que es la principal y más importante, por depender de ella la suma toda de los provechos y la solución completa de la cuestión, sola la Iglesia es la que tiene el mayor poder. Porque los instrumentos de que para mover los ánimos se sirve, para eso fin precisamente se los puso en las manos Jesucristo, y del mismo Dios reciben su eficacia. Semejantes instrumentos son los únicos que pueden convenientemente llegar hasta los senos recónditos del corazón y hacer al hombre obediente y pronto á cumplir con su deber, y que gobierne los movimientos de su apetito, y ame á Dios y al prójimo con singular y summa caridad, y se abra animosamente camino á través de cuanto le estorbe la carrera de la virtud.»

VI

Aquí está la única solución de los problemas sociales. Cuando se realice lo que desea el Soberano Pontífice, que es lo que desea el Corazón de Jesús, el reinado de su adorable Corazón será un hecho en la sociedad.

Mavos pues á la obra, porque esto no se ha de hacer sólo; no se nos pide todavía que sacrifiquemos nuestra vida por estas ideas salvadoras, como hay quien la sacrifica por ideas tan criminales como las del anarquismo; pero si se nos pide que consagremos siquiera algún tiempo, alguna pequeña cuota, algo de lo que podemos disponer en nuestros bienes ó personas para ponerlo á las órdenes de la Iglesia y en favor de los menesterosos. Se nos pide, si, que tengamos al ménos muy presente en nuestras oraciones á los que intervienen en la solución del problema, á los que pueden influir en mucho bien ó en mucho mal de la sociedad.

Debemos finalmente estar convencidos, cuantos pertenecemos al Apostolado de la Oración, de aquella verdad de fe que asienta San Pablo: «Ni el